
La historiografía mexicana y lo contemporáneo

Hira de Gortari Rabiela

La historiografía mexicana contemporánea es una realidad que ha ido cobrando fuerza en los últimos años. Partiendo de esta constatación y en tanto que practicante del oficio de historiar y difundir el siglo XIX mexicano, me pregunto por qué cada vez con mayor ímpetu muchos consagran su interés al estudio de lo contemporáneo, ya no escudados en las ciencias sociales que tradicionalmente se habían consagrado al presente sino escribiendo historia.

No pierdo de vista que la incursión de las ciencias sociales en la historia contemporánea ha sido frecuente, particularmente cuando el análisis histórico se ha convertido en una herramienta fundamental para comprender el mundo de la política. Si recordamos, la historia sirvió de telón de fondo a muchos escritores políticos del siglo pasado, como Alexis de Tocqueville o, para México, José María Luis Mora. Pero hoy los científicos sociales no sólo usan la historia —a lo cual tienen todo el derecho— sino que literalmente están escribiendo historia del pasado reciente, que por mucho tiempo quedó al margen de los trabajos de los historiadores quienes en su inmensa mayoría no rebasaban los límites cronológicos de la postrevolución.

Estos límites cronológicos autoimpuestos y profundamente arraigados en el inconsciente de los historiadores, se explican porque la práctica del oficio se define por ser el estudio del pasado; mejor entre más lejano. Este planteamiento que trajo consigo innumerables

discusiones entre los historiadores profesionales debe ser analizado con detenimiento. De momento apuntemos solamente que es un viejo prejuicio consolidado por los positivistas. Válida o no la explicación anterior, el hecho es que la mayoría de los que escriben la historia contemporánea no son originalmente historiadores, pero sin serlo han quedado fascinados por ella. Ello supone el surgimiento de una realidad historiográfica en la cual me interesa ahondar en este trabajo. Pareciera que existen hoy dos caminos paralelos: el de la historiografía elaborada por los historiadores, donde aún están muy presentes los límites cronológicos para distinguir lo contemporáneo del pasado, y los trabajos de los científicos sociales interesados en introducir la dimensión temporal a lo contemporáneo.

Expondré aquí, también brevemente, algunos rasgos sobresalientes de la historia de la historiografía mexicana que considero permiten comprender el camino, las preocupaciones y obsesiones que han ocupado por mucho tiempo a los historiadores y que ayudan a explicar sus posibilidades y limitaciones y también su incompreensión con otras disciplinas acerca de la historización de lo contemporáneo.

El historiador y lo contemporáneo en el siglo XIX y principios del XX

Para los historiadores, como para otros interesados en el estudio de la realidad social, el

pasado y su relación con lo contemporáneo forma parte de sus reflexiones. La preocupación recurrente por establecer estos vínculos es particularmente fértil en periodos de cambios y crisis de confianza.

Algunos enfoques historiográficos, sin embargo, como el propuesto por los positivistas, prácticamente vedaron introducir el estudio de lo contemporáneo. Los historicistas, que tanta influencia alcanzaron y aún tienen en nuestra historiografía, por el contrario, resaltaron la importancia de lo contemporáneo, no como temática de estudio sino como una cuestión epistemológica fundamental; es decir, al pertenecer el historiador a un presente determinado, en el acto de conocer el pasado lo interroga desde sus preocupaciones actuales, por lo que cualquier historia es en realidad una historia contemporánea.

Para revisar someramente la relación pasado-presente partiendo de algunos ejemplos de nuestra historiografía es indispensable revisar los vínculos de los historiadores con su circunstancia y el medio que los rodea, ya que en ciertos momentos el clima reinante favorece el planteamiento de un mayor número de interrogantes.

Recordemos para el siglo XIX los análisis elaborados por algunos de nuestros pensadores políticos más relevantes como José María Luis Mora y Mariano Otero. En sus trabajos vinculaban la realidad social y política contemporánea con la historia, pero no como un mero ejercicio intelectual sino como una dimensión fundamental de sus preocupaciones.

Mora señalaba en 1833, en la advertencia de *México y sus revoluciones*:

Nuestra obra es en el fondo histórica, estadística y filosófica: bajo el primer aspecto, nuestro objeto principal es dar a conocer los periodos más interesantes de México en su conquista, en sus proyectos de independencia, en la lucha emprendida para lograrla, en su independencia ya efectuada y en su revolución constitucional comprendida en los años que han transcurrido desde el restablecimiento de

la Constitución española, en 1820, hasta fines del 35.¹

Otero, en 1842, en su magnífico *Ensayo* escribía:

Para describir la primera parte de esta revolución [el pronunciamiento de Jalisco de 1841] ha bastado tomar de los anales de la época el conjunto de los hechos que pasaron entonces y señalar su carácter y enlace...

Sin embargo, inconforme, le parecía que hacía falta la historia porque:

...el hombre pensador descubre ahí el enlace de los grandes hechos, y comprende las causas inmutables de todo lo que los hombres coetáneos a esos sucesos atribuían al valor de un personaje o a las intrigas de un partido. La historia se presenta en este caso como un monumento visto a la distancia conveniente para percibir sus partes colosales y sus grandes dimensiones, y en el que las pequeñas modificaciones y el débil contorno de los arabescos que lo cubren, se distinguen sólo como una leve sombra, incapaz de alterar el todo; y entonces, ¡qué grandes son los sucesos y qué pequeños los hombres!

Es éste el solo camino de la verdad en las investigaciones sociales, ora vean a lo pasado, ora a lo presente, que bien pronto pertenecerán también a lo pasado.²

En la etapa de formación de la nación, nuestra historiografía es rica en interrogantes surgidas al calor de la duda y la incertidumbre, producto de la derrota de un proyecto político o bien frente a la posible amenaza de desintegración nacional.

Baste recordar en este último sentido las reflexiones de Lucas Alamán sobre su presente en el año de 1849, escritas en el prólogo de su

Historia de México, donde nos ha dejado un testimonio que no podría ser más pesimista —con razones fundadas— acerca de la situación contemporánea por la que atravesaba el país, que corría el riesgo de extinguirse como nación:

si los males hubiesen de ir tan adelante que la nación mexicana, víctima de la ambición extranjera y del desorden interior, desaparezca para dar lugar a otros pueblos, a otros usos y costumbres que hagan olvidar la lengua castellana... mi obra todavía podrá ser útil para que otras naciones americanas, si es que alguna sabe aprovechar las lecciones de la experiencia...³

En cambio, a finales del siglo XIX y antes de la primera guerra, como describe Edward H. Carr,⁴ el panorama cambió radicalmente; los historiadores occidentales tenían la conciencia tranquila, imperaba el buen clima y la seguridad sobre lo que se hacía, así como plena confianza en el porvenir. Ejemplos de ello, para México, son los historiadores porfiristas convencidos de que su presente daba claras muestras de que se estaba llegando al final de la historia que había sacudido y desgarrado al país. Había la certeza absoluta acerca de las etapas progresivas que necesariamente había recorrido el país. Historia y presente entraban en armonía.

Justo Sierra en su *Evolución política del pueblo mexicano (1900-1902)* muestra la seguridad reinante; con la mayor confianza se refería a la situación contemporánea como:

...un estado social caracterizado por la entrada definitiva del pueblo mexicano en el periodo de la disciplina diplomática, del orden y la paz, si no total, sí predominante y progresiva, y para acercarse así a la solución de los problemas económicos que preceden, condicionan y consolidan la realización de los ideales supremos: la libertad, la patria.⁵

A partir de la primera guerra, como el mismo Carr lo señala, el gremio ve tambalearse el ambiente de confianza. El mundo cambió y profundamente. Un periodo de cambios y desgarramientos innumerables hizo indispensable, para poder contar y relatar lo ocurrido, reconstruir y reelaborar el pasado desde la duda y el conflicto, y aún más si se trataba de la historia contemporánea.

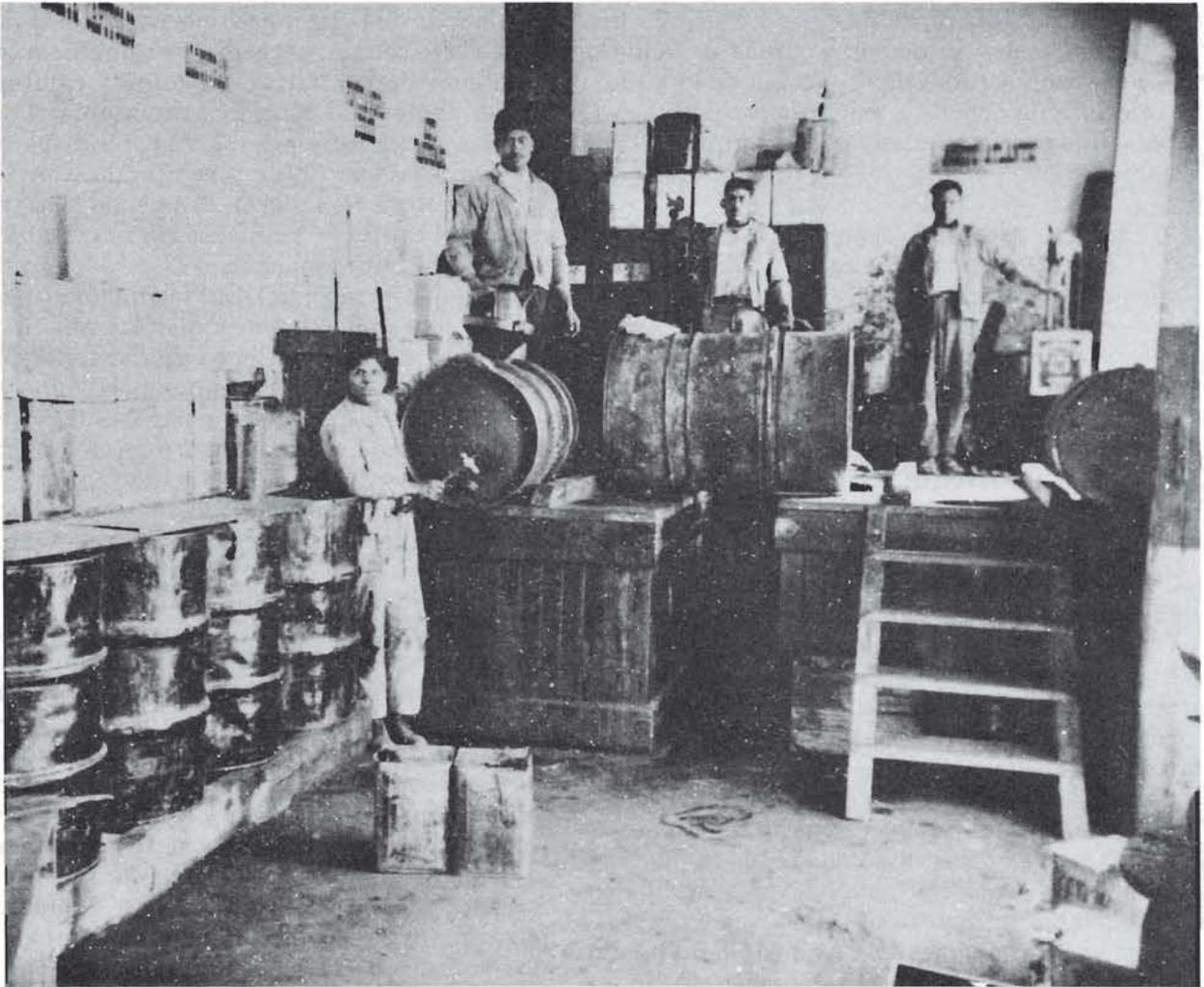
En nuestro caso, la revolución volvió a agitar las conciencias y se requirió de una historiografía que testimoniara y diera cuenta de lo ocurrido. La caída del régimen porfiriano y el surgimiento de uno nuevo, postrevolucionario, fue materia de reflexión y crítica de los contemporáneos del huracán revolucionario, por lo que las primeras explicaciones nos legaron una visión partidista de su presente inmediato, como fue el caso de los escritos del polemista porfiriano Francisco Bulnes.⁶

En un intento por comprender los sucesos inmediatos, los cambios bruscos, y de lograr perfilar cuál sería el devenir, surgió una rica literatura sobre lo contemporáneo en el periodo postrevolucionario. Destacan los estudios que intentan ponderar la caída de Díaz y buscan aquilatar los pros y contras del nuevo régimen. Junto con éstos, existen innumerables memorias en donde la narración individual también rescata el presente inmediato para entender el cambio y los acontecimientos que van diseñando el futuro; en este sentido baste recordar solamente los trabajos de Vasconcelos.⁷

La profesionalización de la historiografía

En la medida que nos internamos en el siglo XX, hasta aproximadamente los años cuarenta, la separación y distancia entre los que escriben historia y el mundo político se ha ido ensanchando, a causa de la profesionalización del gremio de los historiadores que ha sido fruto de la consolidación del nuevo Estado.

La historiografía entra en una fase en la cual sus objetos de estudio están menos ex-



Con el fin de evitar incendios, el departamento de lubricación y grasas se encontraba en un edificio alejado del corazón de la fábrica.

puestos a los avatares y contiendas políticas, sin que esto quiera decir, afortunadamente, que se mantuviera al margen. La profesionalización contribuyó a desarrollar temáticas menos cercanas a las preocupaciones del presente; en el país comenzaba a desarrollarse una reflexión académica y científica menos sujeta a los vaivenes del momento. Esto era prueba de que la confianza y estabilidad política había recobrado su camino, abriendo paso a intereses y preocupaciones generadas en el seno del mundo académico en proceso de fortalecimiento.⁸

El inicio de la profesionalización del gremio de los historiadores coincidió en el tiempo con la guerra civil española y la segunda guerra. Las emigraciones de intelectuales provocadas por estos hechos beneficiaron a nuestra cultura en términos generales, y en particular a la historia. La llegada de transterrados españoles a México de la talla de José Gaos y José Miranda significó cambios sustanciales en el medio mexicano de historiadores, que se sumaron a los aportes de maestros como Edmundo O'Gorman, al introducir y poner en circulación nuevas influencias e inquietudes filosóficas y metodológicas que contribuyeron a consolidar la nueva historiografía mexicana.

Las inquietudes sembradas por los transterrados favorecieron el cultivo de una rama poco explorada en la historiografía mexicana: la historia de las ideas, fuertemente influenciada por el historicismo. Los trabajos que se realizaron al respecto fueron hechos básicamente por filósofos y juristas discípulos del maestro Gaos, como Leopoldo Zea, Luis Villoro, Francisco López Cámara, quienes se consagraron a reflexionar histórica y filosóficamente acerca de los orígenes de la nación, la conciencia nacional, la influencia liberal y el papel del positivismo en México, el indigenismo, etcétera.⁹

Durante los años de la postguerra se inició la modernización política y económica del país, entre cuyas manifestaciones más relevantes estuvo el impulso y renovación de la vida académica nacional, a través del apoyo a la

UNAM y a otras instituciones culturales y educativas, como El Colegio de México. Los historiadores se vieron beneficiados por este proceso que les permitió mejorar y ampliar su tarea, al promoverse la seguridad y estabilidad en la profesión académica. Fueron los años de formación de maestros hoy indispensables y reconocidos, como Luis González, que han señalado nuevos derroteros a la historiografía actual. Algunos de los mejores trabajos de nuestra historiografía se escribieron a partir de esta época; sus métodos e inspiración deben mucho al historicismo.

La historia de las ideas, junto con el desarrollo de los estudios sobre la historia colonial —particularmente aspectos institucionales y económicos— encabezados por José Miranda y Silvio Zavala, llevaron la batuta; lo contemporáneo dejó por varias décadas de ser un campo de interés de los historiadores. Se podría decir que la profesionalización significó por años el profundizar en el periodo colonial o en los años del surgimiento del México independiente.

Estos años cruciales de la historiografía mexicana, los cuarenta y parte de los cincuenta, coinciden con la división política e ideológica del mundo de la posguerra que incide en el medio académico; la historiografía no fue excepción: corrientes de pensamiento como el marxismo fueron poco aceptadas. La guerra fría desarrolló un clima de intolerancia intelectual, de decidido combate ideológico que contribuyó a dejar fuera del mundo académico a historiadores como Cué Cánovas o Chávez Orozco, identificados con el materialismo histórico.

La irrupción del historicismo y la historia de las instituciones, junto con la tensión que propició la guerra fría, contribuyeron pues a que muchas de las seguridades y la confianza que antes prevalecían sufrieran serios reveses. La certidumbre abandonó a los historiadores sensibles a su entorno.

En algunos casos, con el historicismo se llegó a extremos por los que la historiografía atravesó por las más terribles incertidumbres acerca de su propia existencia. La filosofía y la historia de las ideas cobraron impulso y batie-

ron sin misericordia muchas inocencias cultivadas durante mucho tiempo. En muchos, la duda sustituyó a la confianza.

Los últimos veinticinco años

En los últimos veinticinco años las cosas han cambiado sustancialmente. Nuevos aires han renovado el oficio de los historiadores en los métodos y en las preocupaciones.

Por lo que respecta al método histórico, afortunadamente se ha dejado a un lado la preocupación fundamental de los positivistas: el identificar el pasado con los documentos; hemos dejado de recluirnos en la crítica documental, en el sentido más estrecho del término, para buscar nuevos horizontes convencidos de que el pasado es y debe ser recuperado en forma más amplia y sutil. Se podrían mencionar múltiples ejemplos de nuevos sujetos de la historia que no cuentan con una huella documental a la manera de la historia positivista.

El historicismo nos ayudó a ponernos en guardia frente a la inocencia del método positivo y sus aires de seguridad en relación al conocimiento, al cuestionar con razón el acto de conocer el pasado. Supuso tomar en cuenta a un sujeto llamado historiador que forma parte del asunto, hacer hincapié en que el historiador es un sujeto activo involucrado en el proceso cognoscitivo y que el acto de conocer no es solamente recoger manzanas maduras sino que supone una reelaboración, un tratamiento que interviene en la visión del pasado que se recupera y que a su vez deja huella en los resultados.

Pero fue —buscando fechas que me permitan ubicar cortes y cambios en la labor historiográfica— en los años finales de la década de los sesenta, y por lo menos para mi generación el año de 1968, cuando se abrieron paso nuevas interrogantes e inquietudes.

En la vida política del país, después de esta fecha se inician cambios que aún no son del todo inteligibles y que pertenecen a la historia contemporánea de México. Estos años son tam-

bién el ambiente de formación de una generación que se reconoce en dicha historia, misma que, por cierto, sigue esperando una visión de conjunto más allá de las meras cabezas visibles y públicas para lograr la comprensión de los movimientos y tensiones de estos años.

Los estudiantes, que fueron quienes más decididamente participaron en la vida política de estos años, fruto ellos mismos del desarrollo estabilizador, se encontraron frente a un país que desconocían, ya sea por la orientación de su formación, ya sea porque las ciencias sociales y las humanidades en muchos casos habían permanecido ajenas a la realidad que presenciaban.

En el terreno de la historiografía si bien lo que se había escrito durante esos años era un trabajo maduro y de excelente calidad, se refería básicamente, como ya hemos mencionado, al periodo colonial, sin olvidar que el siglo XIX empezó a dejar de ser prácticamente desconocido gracias a trabajos de gran aliento como el emprendido bajo la batuta de Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, a mediados de la década de los cincuenta.

Para las nuevas generaciones de historiadores, lo contemporáneo volvió a tomar ímpetu al vivir de cerca el 68 y la realidad circundante que planteaba nuevas interrogantes. Todo contribuyó a replantear el oficio e hizo mella en las conciencias, se hicieron indispensables para el estudio del pasado el análisis y la búsqueda de explicaciones.

Para responder a las nuevas interrogantes hubo que acabar con algunos caminos irreducibles o callejones sin salida, enfrentar discusiones ideológicas que imperaban en el gremio sin relación directa con la labor historiográfica: un historicismo radical que negaba cualquier acercamiento a nuevos planteamientos y explicaciones y la sustitución del conocimiento empírico por la teoría.

La historiografía y las ciencias sociales

Fue evidente que uno de los problemas era el

escaso conocimiento que se tenía del periodo contemporáneo y sobre todo de algunos sujetos de la historia poco estudiados, como eran los trabajadores. Un asunto que se reveló crucial durante estos años fue el del poder, cuestión que devino en una de las claves. El estudio del estado y las clases sociales, particularmente la clase obrera, adquirió para esta generación un lugar predominante.

Ahora, incorporados muchos de los participantes del 68 como personal docente de ciencias sociales y humanidades —intensificado por el crecimiento de la educación superior— se han ido imponiendo naturalmente las preocupaciones y orientaciones generadas en aquel año e influyen en la actividad docente y la investigación.

El coto que los historiadores habían impuesto a su profesión se fue rompiendo de manera cada vez más palmaria por otras disciplinas, como la economía, la antropología, la ciencia política, la sociología. Los cultivadores de la historia no historiadores se multiplicaron. Esto supuso un enriquecimiento de la historiografía y coadyuvó a un encuentro entre la historia y las ciencias sociales.

Los historiadores se preocuparon por desarrollar nuevos sujetos de investigación, adquirir nuevos métodos y por hacer uso de teorías y explicaciones para sus trabajos. Coincidió esto con modificaciones profundas que ocurrían más allá de la historiografía nacional, como el cambio impulsado por los trabajos de historiadores franceses, norteamericanos e ingleses. Todo ello ha creado un clima favorable a nuevas ideas que refrescan el ambiente intelectual.¹⁰

Cambios en las ciencias sociales

En los últimos años, en las ciencias sociales ha ocurrido un proceso de historización. Es decir, las diferentes disciplinas han ido interesándose por el análisis histórico como parte de su oficio. Esto está relacionado con crisis profundas en las cuales no ahondaré, pero

baste decir que suponen cambios importantes en la teoría y en la práctica de sus análisis. Esto ha llegado a las facultades y escuelas así como a los institutos de investigación de una manera palpable, por el diálogo y la participación activa, lo que hace dos décadas parecía impensable en la construcción de la historiografía.

La nueva situación de la historiografía y las ciencias sociales ha contribuido decididamente a estrechar los contactos y a encontrar confluencias. Esto supuso el intercambio de preguntas, métodos y explicaciones en forma abierta o velada. Los resultados empiezan a ser visibles y perfilan orientaciones. En cuanto a los sujetos históricos, la clase obrera y otras clases, el estado y el sistema político, movimientos sociales, la historia de la economía reciente, ocupan ahora un lugar predominante.

Ahora bien, habría que decir que estas preocupaciones historiográficas han sido cubiertas predominantemente por los no historiadores. Para demostrarlo basta repasar las profesiones de los autores de los innumerables trabajos que han aparecido en los últimos años acerca de estos asuntos.

Si en el gremio de los historiadores la apertura es cada vez más marcada en cuanto a temas, explicaciones y métodos, persiste lo que pareciera un trauma congénito de la mayoría de estos profesionales, que les impide inmiscuirse en los asuntos recientes. Existe una inhibición que no parece superada y que deja en manos de los científicos sociales una parte importante de la historia contemporánea.

La historiografía ha abordado nuevos temas, como lo atestiguan por ejemplo algunas reuniones de historiadores mexicano-norteamericanos en donde se han presentado ponencias acerca de los trabajadores, o los vínculos entre la ciudad y el campo, asuntos que en años anteriores hubieran parecido, por sus planteamientos, propios de sociólogos y politólogos. Sin embargo, en general subsiste la resistencia a adentrarse en lo contemporáneo. Los historiadores parecen más inclinados a resucitar fantasmas a partir de la lectura documen-

tal, que a incursionar ahí donde los fantasmas siguen recorriendo las cabezas de los vivos. Se intenta separar, a veces drásticamente, la profesión y el oficio de las contaminaciones emanadas de lo que se vive de cerca.

La historización de los estudiosos de lo contemporáneo

Esto me conduce a plantearme uno de los asuntos que no puede evadir la historiografía contemporánea y que no se ha tomado en consideración: como señalábamos al comienzo, la estrecha vinculación entre el que la escribe y aquello de lo que escribe. No quisiera caer en una visión simplista del problema y que por ello se me encasillara dentro del historicismo más mecánico. El problema parece irresoluble pero no debe conducir a una actitud paralizante; hay vínculos, más nos vale aceptarlo. Pero mi pregunta es qué tanto es una cuestión que preocupe a aquellos que escriben y elaboran la historia reciente; en ocasiones, por la tradición que los formó, estas cuestiones parecen menores o incluso se ignoran deliberadamente.

Ante todo lo inmediato del problema que se va a analizar. En la historiografía se ha buscado abordar aquello que ha transcurrido, y sólo los más agudos y perspicaces han rastreado en el pasado, inspirados en una profunda vinculación con su presente, líneas de continuidad o de ruptura, perceptibles en el mundo que han vivido y que los ha remontado hacia el pasado en busca de explicaciones.

Pero también problemas de método, precisamente el estudio de periodos recientes, por la abundancia de fuentes que debieran procurar una visión más completa de lo que se analiza, la sobreabundancia, la desigualdad tanto en la calidad como en el origen de estas fuentes, crean serios problemas que no siempre han sido planteados ni abordados con el rigor necesario.

Frente a este panorama surge la pregunta: ¿qué ha ocurrido para que hoy un conjunto de

colegas —en el que sin duda abundan los científicos sociales y hasta quizá sean mayoría— nos interroguemos sobre la historia contemporánea?

Me parece que en ambos campos han ocurrido cambios fundamentales. Los historiadores, sobre los cuales me puedo explayar con mayor seguridad, hemos cambiado, no de piel, de vestimenta, y no como una moda pasajera. Nos sentimos más cómodos y podemos dialogar con mayor confianza con los científicos sociales; no nos sentimos ajenos a lo que ocurre en sus campos ni con sus métodos.

Los cambios importantes que han ocurrido en nuestro quehacer —y advierto que trato de hablar de tendencias y actitudes, por lo que generalizo a riesgo de homogeneizar— son fundamentalmente en el terreno del método. Las ciencias sociales en la medida que avanzaron —y me refiero a la antropología, sociología, economía, sicología y demografía— proporcionaron formas y reglas así como temáticas de estudio que pudieron incorporarse al estudio del pasado, pero también teorías, a las cuales habíamos sido abiertamente refractarios pero que en la práctica, en la medida en que trabajábamos con ideas previas y esquemas explicativos, estaban presentes tanto en el trabajo como en sus resultados.

Convivimos como vecinos que no se hablaban y que incluso se ignoraban pero esto ha cambiado. No es fácil explicar cómo se ha dado este complejo proceso de acercamiento y analizarlo en unas cuantas líneas. Sin embargo, podría decirse que la respuesta está tanto en los cambios en el interior de la historiografía, como en la realidad circundante que nos impuso actores y problemas que no hubieran podido ser revisados con el instrumental del que se disponía. Pensemos en algunos de los ejemplos ya mencionados como las clases sociales, los movimientos sociales, el estado, el poder, la familia, el parentesco.

Esto supuso modificar actitudes y ampliar horizontes, de lo que aún no podemos sacar conclusiones definitivas. Ha supuesto la inclusión de lo repetitivo, lo reiterativo, lo cuantificable, lo colectivo, sin abandonar preocupa-

ciones anteriores referentes a lo singular e irreplicable; simplemente hemos ganado otra dimensión del pasado que era preocupación de pocos y la hemos hecho un asunto que forma parte de nuestro oficio.

Esta actitud que se manifiesta en la práctica cotidiana contribuyó a que los historiadores se convirtieran en un interlocutor valioso para los científicos sociales. Hay un clima favorable para que los historiadores se adentren con mayor éxito al tratamiento del pasado con métodos y modelos: con el uso de teorías.

En cuanto a las ciencias sociales es evidente que la dimensión histórica es un asunto que empieza a provocarles desvelos. Pareciera que las tradiciones, la firmeza y muchas veces lo inalterable de los comportamientos y formas de funcionar de la economía, la sociedad y la política no pueden explicarse sin rastrear sus raíces. Lo cual no deja de suscitar en algunos escozor y de significar una alteración de sus acercamientos, en cambio, para otros; es por

ahora la única forma de explicar la realidad social.

Esta dimensión a la cual se han abierto las ciencias sociales ha traído cambios en su interior y podría en algunos casos explicar algunas de las dudas que hoy se les presentan acerca de sus límites, pero también, y es lo que me interesa destacar, ha redescubierto para la historia lo contemporáneo, en la medida que es su terreno privilegiado. Su tratamiento como asunto de sus disciplinas también se ha visto reforzado por la dimensión histórica. La historia contemporánea se ha convertido en un nuevo campo de acción.

Sin olvidar que la tentación por lo contemporáneo también ha sido el punto de partida de muchos análisis históricos, las ciencias sociales, que por muchos años rehuyeron la dimensión histórica, la han introducido en su problemática y prácticamente han convertido a la historia contemporánea en un instrumento ineludible en sus especialidades.

Notas

¹ José María Luis Mora, *Obra histórica. I. México y sus revoluciones 1*, investigación, recopilación, selección y notas de Lillian Briseño Senosian, Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre, México, Secretaría de Educación Pública e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987, v. 4, p. 14.

² Mariano Otero, *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República Mexicana*, prólogo de Daniel Molina Álvarez, México, Ediciones del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1964, p. 39.

³ Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, t. I, p. XI-XII.

⁴ E.H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Editorial Seix Barral, S.A., 1973.

⁵ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicana*,

no, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 271.

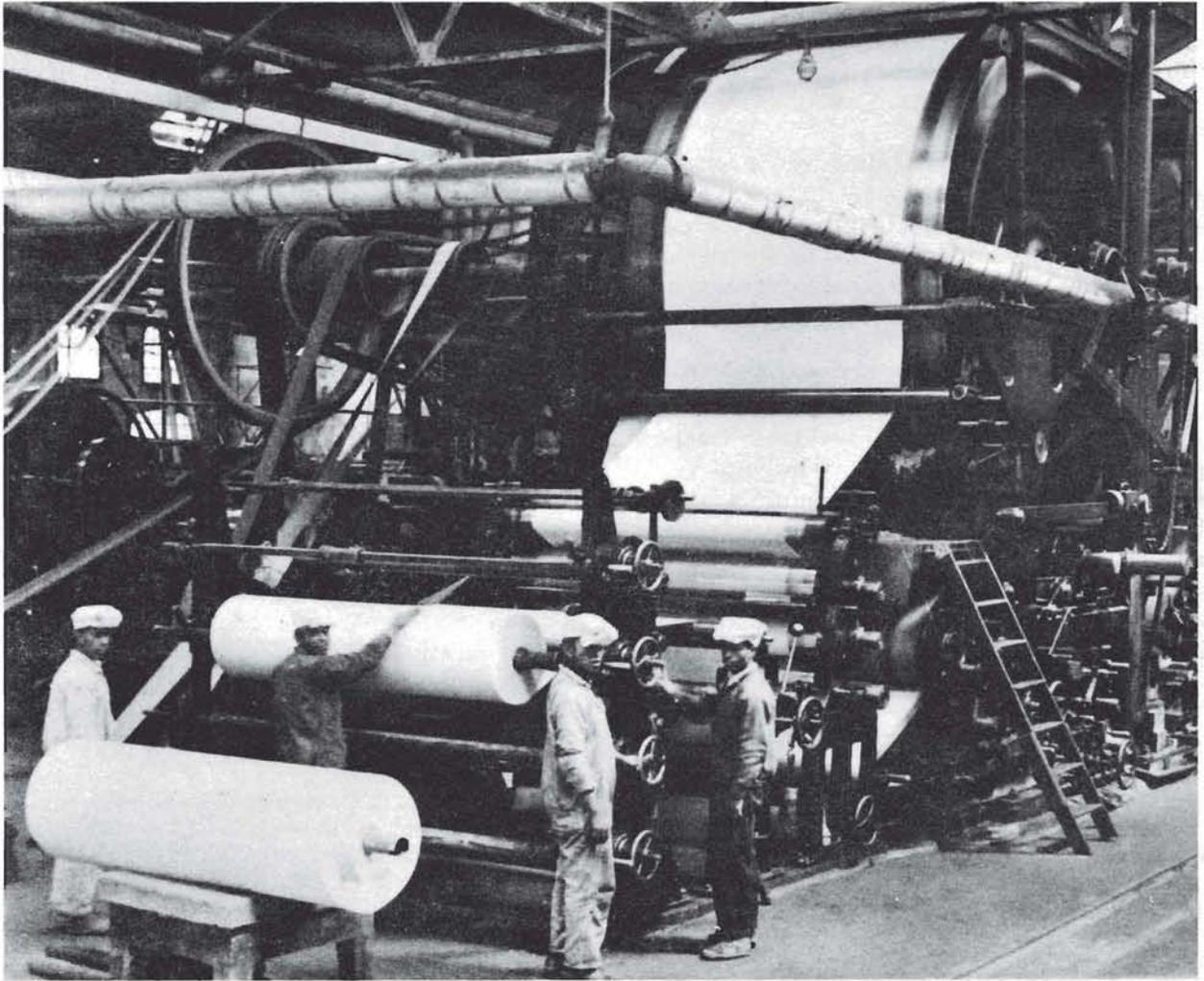
⁶ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Editora Nacional, S.A., 1972.

⁷ José Vasconcelos, *Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 2 v.

⁸ Alvaro Matute, "La historiografía mexicana contemporánea", en varios autores, *Ciencias Sociales en México. Desarrollo y perspectiva*, México, El Colegio de México, 1979, p. 80.

⁹ Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943. Luis Villoro, *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953. Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1954.

¹⁰ Lawrence Stone, "La historia y las ciencias sociales en el siglo XX", en *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.



Al interior de la fábrica el trabajo se parcializó en una serie de tareas.
Fue así como la mecanización integró la mano de obra cada vez más
eficiente.